

Ezequiel Zamora

General del Pueblo Soberano

ediciones
MINCI

EZEQUIEL ZAMORA

General del Pueblo Soberano

Colección Infantil

Ministerio del Poder Popular
para la Comunicación y la Información
Final Boulevard Panteón, Torre Ministerio del Poder Popular
para la Comunicación y la Información, parroquia Altagracia.
Caracas – Dtto. Capital, Venezuela.
Rif: G-20003090-9

Distribución gratuita

OBSEQUIO

Gobierno **Bolivariano**

Descargue nuestras publicaciones en: www.minci.gob.ve

Nicolás Maduro Moros

Presidente de la República Bolivariana de Venezuela

Desirée Santos Amaral

Ministra del Poder Popular para la Comunicación y la Información

Rolando Corao

Viceministro de Comunicación e Información

Dalia Eloísa Lagonell

Viceministra para Medios Impresos

Francisco Ávila

Director General de Publicaciones

Texto: *Michel Bonnefoy*

Ilustraciones: *Kabir Rojas*

Diseño y diagramación: *Saira Arias*

Depósito legal: lfi 8712015800708

ISBN: 978-980-227-234-1

Impreso en la República Bolivariana de Venezuela
en la Imprenta Nacional y Gaceta Oficial

5.000 ejemplares

Junio, 2015

En un pequeño pueblo de un valle al sur de Caracas, en Cúa, estado Miranda, el 1° de febrero de 1817, nació un niño de piel blanca, rosados los muslos y ojos claros. Nada presagiaba que sería general del pueblo, excepto su carácter fuerte, perceptible desde los primeros días cuando miraba fijamente las hojas de los árboles que mecía la brisa del atardecer. “¡Qué carácter!”, decía su madre cuando el niño lloraba pidiendo comida.





Creció sembrando
y cosechando,
montado en un
caballo, cortando
leña para cocinar
el casabe, mezclando
el barro con
la paja para el
adobe, mirando
a las mujeres que
tejían las hamacas,
cargando pacas de
hojas de plátano
y ayudando a sus
padres en la bodega.

A Ezequiel le gustaba estudiar en la modesta escuelita de la zona, leer los libros que le aconsejaba su mentor, el doctor García, y entender la razón de los fenómenos; pero también le gustaba internarse en el monte y recorrer las colinas, todavía sin bigote, pero ya con la ruana cruzada en el pecho y la justicia en la sangre. Hablaba con los campesinos, echaba broma con ellos compartiendo un guarapo y observaba los detalles de la vida cotidiana, de la gente trabajando, los ricos y su arrogancia, los pobres y su humildad, las mujeres a menudo maltratadas, los jefes en cada pueblo.



Eran tiempos de guerra, de lucha por la independencia, de batallas sangrientas y de persecuciones, de esclavos, de látigo, de sudor y de sangre, de odio, pero también de amor a la patria naciente, de campañas heroicas, de hazañas épicas, de grandes hombres, de inmensas plantaciones de café y de cacao, haciendas sin límites.

En esos bosques y esas sabanas creció el niño y maduró el adolescente, escuchando los cuentos de los hombres que regresaban de la guerra, los que pelearon junto a los gigantes de la época, que volvían heridos, enfermos, hambrientos, cansados de ver tanto dolor, tanto horror, tanta maldad y tanta grandeza en algunos gestos, en el sacrificio por una causa noble, la generosidad de los jóvenes que entregaban su vida por una esperanza, por un sueño.

A muy temprana edad, Zamora tomó conciencia de que el problema de la tenencia de la tierra era la base de la pobreza y el atraso en Venezuela. Se había mudado a Villa de Cura, donde vivía modestamente como pequeño comerciante, intercambiando con los granjeros quebrados por las leyes que los entregaban de manos atadas a la rapiña de los banqueros y los grandes terratenientes. Las deudas con intereses desmedidos obligaban a los agricultores y ganaderos a darle sus tierras a los antiguos realistas que reaparecieron al amparo de gobiernos corruptos y a los nuevos potentados dispuestos a meter preso y embargar a los productores para apoderarse de sus tierras.



Recorría las haciendas llenas de esclavos que, a pesar de la Ley de Manumisión, aún no habían sido liberados. Escuchaba sus tambores y sus tonadas tristes, tentado de pedirles que se fugaran.



El acercamiento a los pequeños y medianos productores lo enfrentó a la oligarquía y también a Páez, que si bien era un héroe y un gran jefe militar, era uno de los culpables de la disolución de la Gran Colombia y posteriormente el protector de los usurpadores de los soldados patriotas que el mismo Bolívar había beneficiado por su compromiso con la lucha de independencia.

En el terreno político, los liberales y los conservadores se disputaban el poder, aunque en el fondo defendían los mismos intereses mezquinos y sentían la misma indiferencia por las condiciones de vida de los trabajadores del campo y de las ciudades. Los gobiernos de los hermanos Monagas no se diferenciaron de los gobiernos de Páez.



Zamora fue el único, de todos que defendió a los campesinos y a los pobres en general. Fue el único que se atrevió a desafiar a los ricos y poderosos, el único que declaró “la desaparición de los godos”.

En 1846, siguiendo el ejemplo del indio Rangel, decidió “coger el monte, armado de mi lanza, mi pistola y mi puñal de cruz”, como él mismo lo recuerda muchos

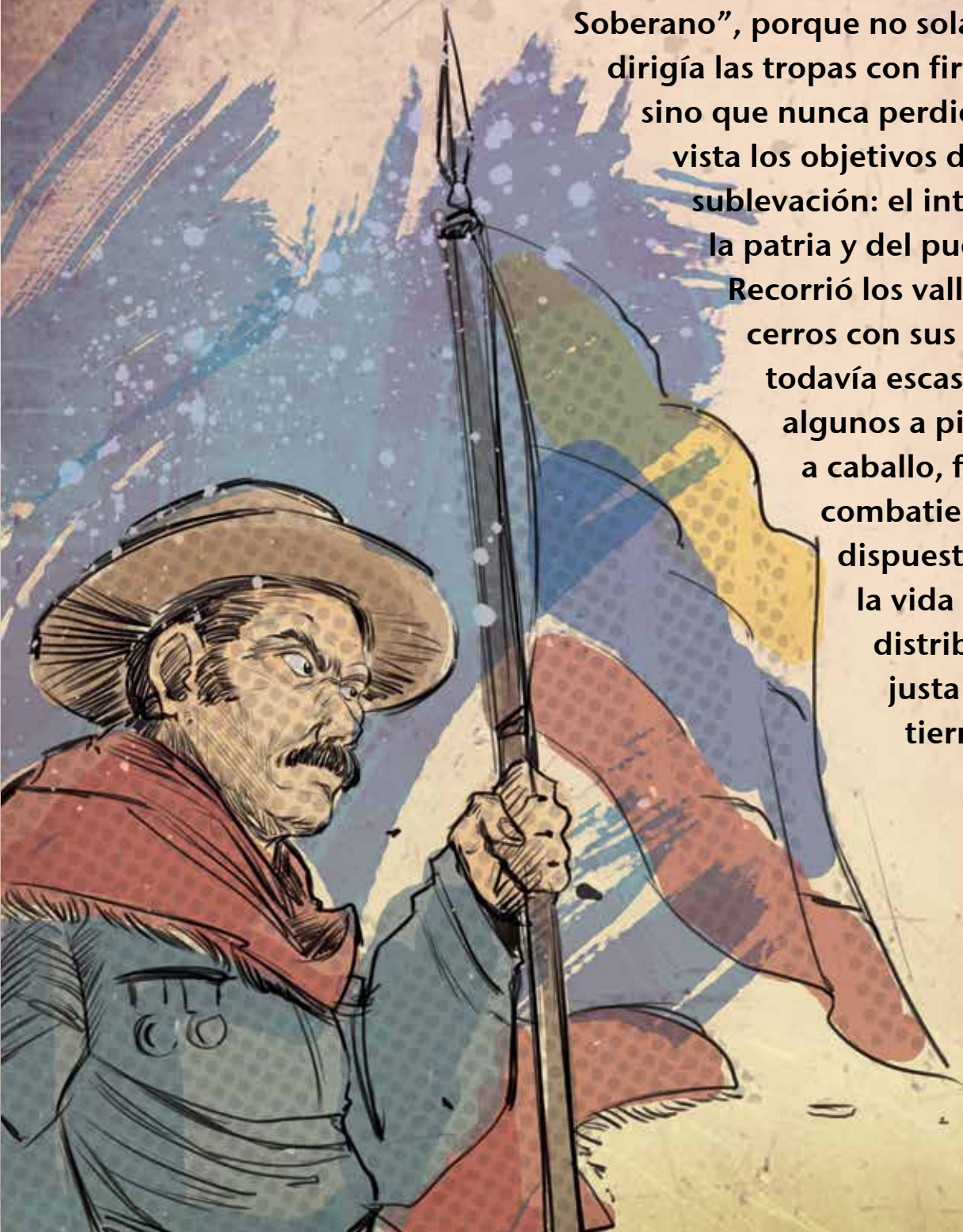
años
después,

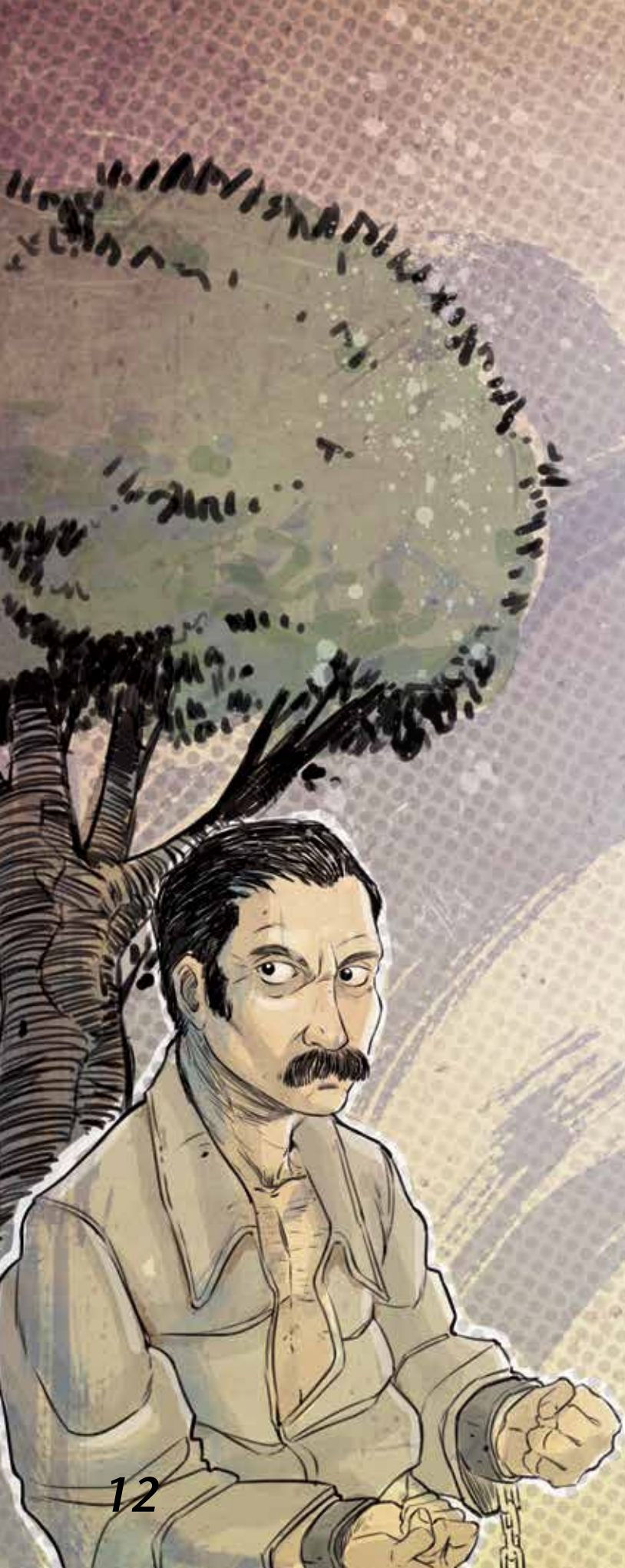
y se levantó en

armas en la localidad de

Guambra, en el estado Aragua, al grito de “tierra y hombres libres”. Lo hizo, al igual que Rangel, después de haber agotado los otros medios de lucha, en particular el electoral, por los fraudes y los acomodados entre los oligarcas, que hacían imposible avanzar hacia la justicia social por esa vía.

La rebelión se extendió a otras regiones, Los Llanos, Barlovento, donde los peones y los esclavos se sublevaron. Rápidamente, Zamora demostró cualidades de estratega y jefe militar. La gente lo empezó a llamar “General del Pueblo Soberano”, porque no solamente dirigía las tropas con firmeza, sino que nunca perdió de vista los objetivos de la sublevación: el interés de la patria y del pueblo. Recorrió los valles y los cerros con sus tropas todavía escasas, algunos a pie otros a caballo, férreos combatientes dispuestos a dar la vida por una distribución justa de la tierra.





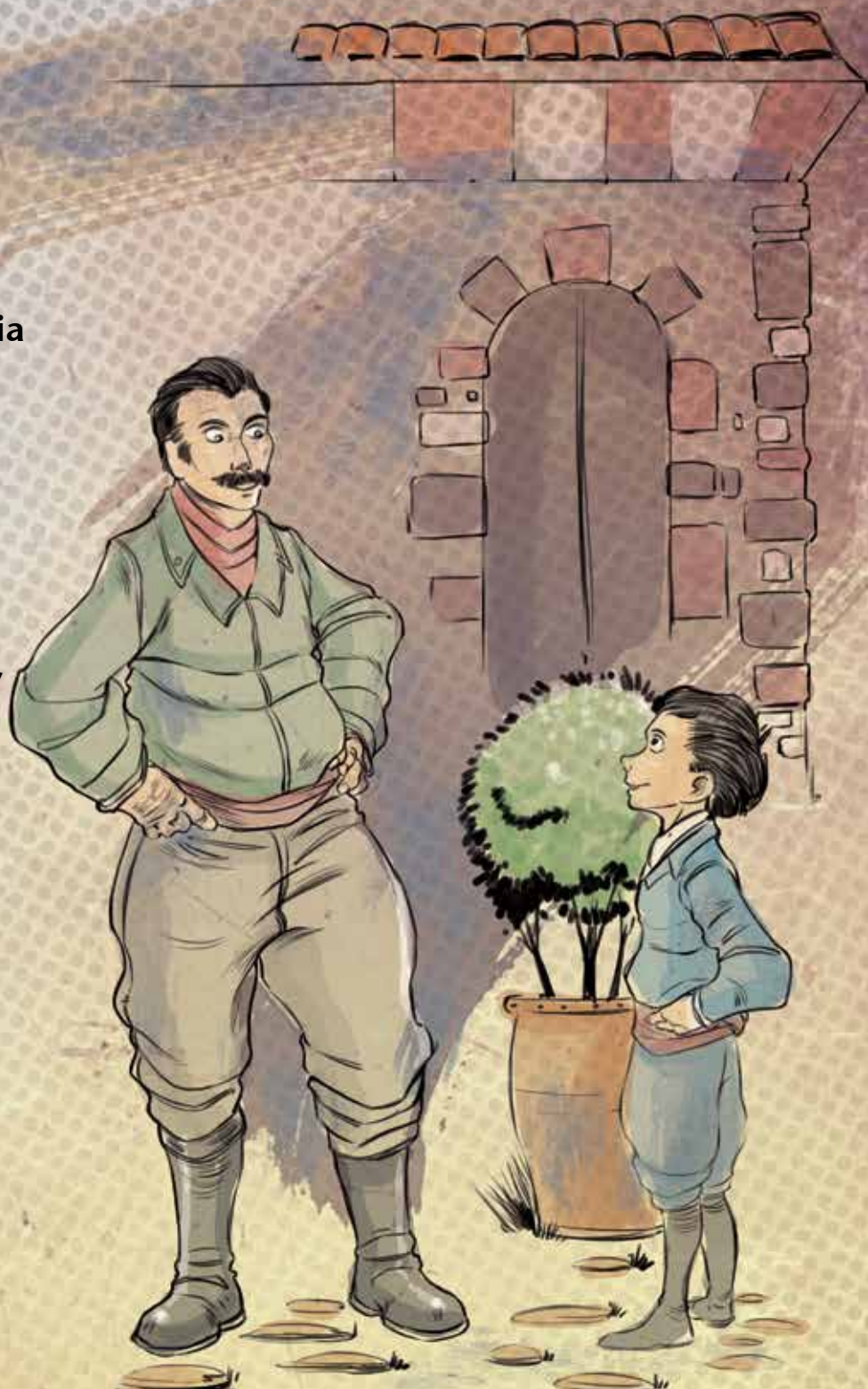
Luego de ganar algunas batallas, en Los Bagres, por ejemplo, la gente los aplaudía en las calles cuando cruzaban los pueblos. Hasta que fueron derrotados en marzo de 1847 en la sabana de Pagüito, donde mataron a Rangel y capturaron a Zamora, que fue conducido a Villa de Cura, donde lo condenaron a muerte el 27 de julio.

Zamora se fugó de la cárcel y se escondió en una hacienda donde trabajó como peón, hasta que lo llamó Monagas, quien lo había indultado, y le pidió que se enrolase en el ejército liberal que luchaba contra los terratenientes, con el rango de teniente coronel.

En 1849 vencieron a Páez y le tocó a él llevarlo preso a Caracas. No fue una tarea fácil para Zamora, que tanto había admirado a “ese héroe que le metió la patria en el corazón a miles de seres humildes”. Pero lo entregó a las autoridades, luego viajó a la Villa para bautizar a su único hijo.



La lucha continuó, una campaña grandiosa en que Zamora acumuló victorias y fue ascendido al grado de coronel, luego general, ocupando responsabilidades cada vez mayores, como la de comandante de armas de la provincia de Cumaná y comandante militar de la provincia de Paraguaná. Entretanto, se casó con la hermana de Crisóstomo Falcón y se instaló en Coro, con ella y sus hijos adoptivos.



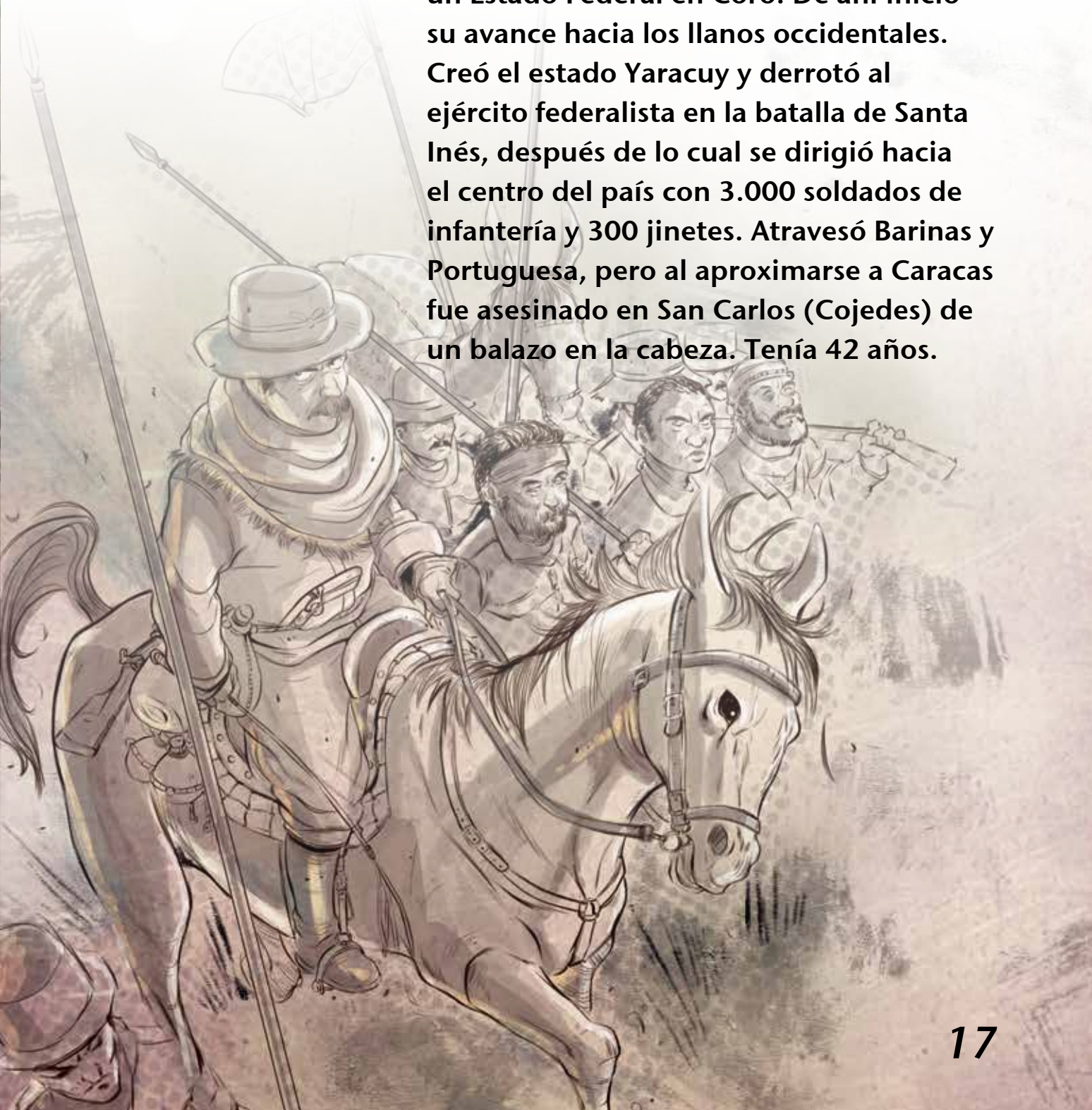
En Barinas, que supo liberar y defender con los principios “Libertad, igualdad, fraternidad, horror a la oligarquía”, Zamora recibió el título de Valiente Ciudadano de parte del Concejo Municipal, y el apoyo unánime de la población. En esa provincia se pudieron aplicar muchas de las ideas de Zamora, empezando por considerar al pueblo como principal fuente de poder, establecer la libertad de expresión, de culto, imponer impuestos a los ricos, elección directa del gobernador, creación de una asamblea legislativa por voto directo, entre otras medidas revolucionarias para la época.



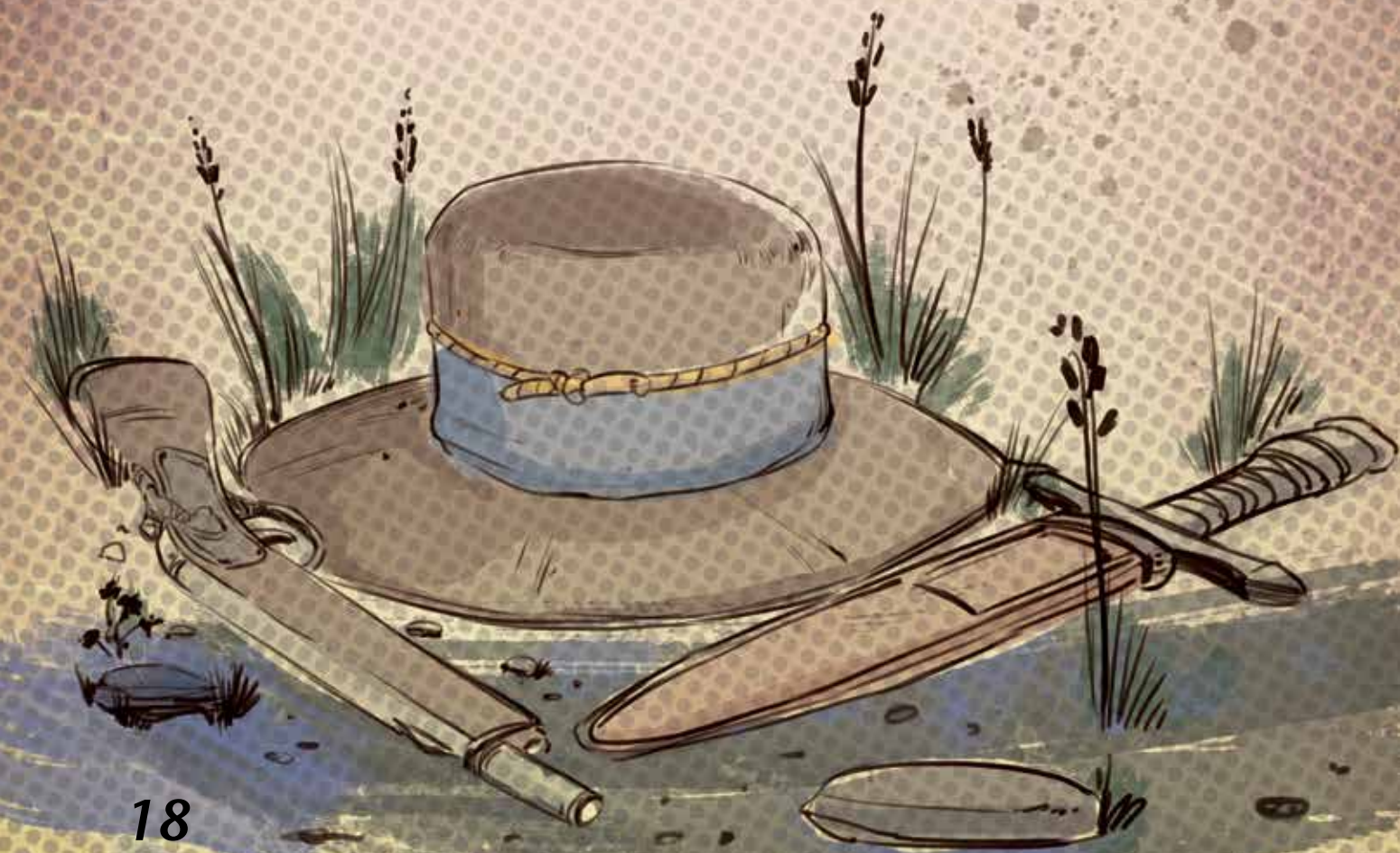
**Pero no todo fue triunfos.
Hubo también traiciones, y los avatares
de la política lo llevaron al exilio.**



Tuvo que esperar el año 1858, cuando se inició otra rebelión, esta vez encabezada por Juan Crisóstomo Falcón, para desembarcar en La Vela de Coro proveniente de Curazao, asumir como jefe de operaciones de occidente y constituir un Estado Federal en Coro. De ahí inició su avance hacia los llanos occidentales. Creó el estado Yaracuy y derrotó al ejército federalista en la batalla de Santa Inés, después de lo cual se dirigió hacia el centro del país con 3.000 soldados de infantería y 300 jinetes. Atravesó Barinas y Portuguesa, pero al aproximarse a Caracas fue asesinado en San Carlos (Cojedes) de un balazo en la cabeza. Tenía 42 años.



Al morir el enemigo de los oligarcas, quienes controlaban ambos bandos en la Guerra Federal, se perdió el verdadero sentido del levantamiento popular. La muerte de Zamora nunca fue esclarecida, pero el pueblo sabe quiénes fueron sus asesinos.







“ ¡Tierra y hombres libres! ”

“ ¡Respeto al campesino! ”

“ ¡Desaparición de los godos! ”

Ezequiel Zamora
General del Pueblo Soberano